

Común del Aniversario de la Dedicación de una Iglesia
Aniversario de la Dedicación de la Iglesia
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse, Wisconsin
31 de julio de 2023

Ez 43, 1-2. 3c-7a
Sal 84, 3. 4. 5. 10. 11
Heb 12, 18-19. 22-24
Lc 19, 1-10

Homilía

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

El difunto Dr. Warren H. Carroll, talentoso historiador y fundador del Christendom College de Front Royal, Virginia, tras entrar en la plena comunión de la Iglesia católica, creció constantemente en su devoción a la Virgen Madre de Dios. En 1983, publicó los frutos de su estudio sobre las apariciones y el mensaje de Nuestra Señora de Guadalupe. Su libro, *Nuestra Señora de Guadalupe y la conquista de las tinieblas*,¹ honra a la Virgen Madre de Dios que sacó al pueblo mexicano de las tinieblas mortales de los sacrificios humanos masivos y de los violentos conflictos entre los nativos y los exploradores y colonos españoles. Su pequeño libro de apenas 120 páginas proporciona la evidencia histórica de la misión que Nuestra Señora de Guadalupe, con la ayuda de su mensajero San Juan Diego, cumplió en 1531 y ha seguido cumpliendo, a través de su imagen milagrosa en la tilma de San Juan Diego, durante casi 500 años. Es la misión que Ella sigue llevando a cabo en esta iglesia solemnemente dedicada hoy hace 15 años.

Esa misión consiste en mostrar a todos sus hijos a su Divino Hijo, único salvador del hombre. En su primera aparición a San Juan Diego, el 9 de diciembre de 1531, pidió inmediatamente que se construyera una capilla en la que los peregrinos se encontraran con Ella, y Ella llevaría a cabo la misión que Dios le había encomendado en su nombre. Declaró: "Mucho quiero, mucho deseo, que aquí me levanten mi casita sagrada, en donde lo mostraré, lo ensalzaré

¹ Cf. Warren H. Carroll, *Our Lady of Guadalupe and the Conquest of Darkness* (Front Royal, VA: Christendom Press, 1983).

al ponerlo de manifiesto, lo entregaré a las gentes en todo mi amor personal, a Él que es mi mirada compasiva, a Él que es mi auxilio, a Él que es mi salvación."²

Nuestra Señora atrae a los peregrinos aquí, a la Iglesia del Santuario, para que reciban la gracia de un encuentro salvador con su Divino Hijo, Nuestro Señor, como prefigurado en el encuentro del obstinado pecador Zaqueo con Nuestro Señor en Jericó. Es la gracia que Dios Hijo encarnado, sentado a la diestra del Padre y sacramentalmente presente para nosotros en la Iglesia, derrama en nuestros corazones desde su glorioso Corazón traspasado. Es la gracia del perdón de los pecados y de la conversión de nuestra vida a Cristo, que es nuestra única salvación. Encontrando a Nuestro Señor en la oración y en la devoción, y, lo que es más perfecto, en los Sacramentos, Él disipa las tinieblas de nuestras vidas y nos invita a permanecer siempre en Su compañía. Así conocemos el cumplimiento de la profecía de Ezequiel: "Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde posaré las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre".³ El encuentro con Nuestro Señor aquí es también un anticipo de nuestro destino eterno, "la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto", como anuncia la Carta a los Hebreos.

Habiendo sido privilegiados en participar en el Sacrificio de la Santa Misa en el decimoquinto aniversario de la solemne dedicación de la Iglesia del Santuario, oremos para que el Santuario de Nuestra Señora, aquí presente, en fidelidad a su misión, irradie cada vez más la luz de Cristo en un mundo acosado por tinieblas letales. Vivimos en una época de espantoso desorden en la sociedad; un desorden que compromete el fundamento mismo de la vida humana en la familia. La impiedad, que atenta gratuitamente contra la ley divina de hacer el bien y evitar el mal, con sus preceptos corolarios de respeto a la dignidad inviolable de la vida humana, a la integridad del matrimonio y de la vida familiar, y a la libertad religiosa, ve a la fe católica como su enemiga

² Carl A. Anderson y Mons. Eduardo Chávez, *Nuestra Señora de Guadalupe. Madre de la civilización del amor* (México, DF: Random House Mondadori, S.A. de C.V., 2010), p. 214, nn. 26-28.

³ Ez 43, 7.

e intenta, a través de falsos profetas y falsos pastores, socavar desde dentro la autoridad divina de la Iglesia Católica.

La oscuridad causada por el desorden generalizado es una fuente de grave tentación de desaliento para quienes se esfuerzan por practicar la Fe tal como nos ha sido transmitida en línea ininterrumpida desde los Apóstoles. ¿Cómo puede un devoto católico superar la tentación del desaliento, que lamentablemente, para algunos, conduce al abandono de la Iglesia en la que Nuestro Señor habita con nosotros siempre, hasta el Último Día, según Su promesa a los Apóstoles en el momento de Su Ascensión?⁴

La medicina y el alimento que nos fortalece para vencer la tentación del desánimo y ser fuertes en el "buen combate"⁵ cotidiano de la vida en la Iglesia es el Santo Sacrificio de la Misa que ahora ofrecemos. Es la acción de Cristo en medio de nosotros, haciendo sacramentalmente presente su sacrificio en el Calvario para el perdón de los pecados y la victoria sobre Satanás y todas sus tentaciones y engaños. La Santa Misa nos lleva a ver nuestra vida y especialmente el sufrimiento en nuestras vidas como una llamada de Nuestro Señor a vivir más íntimamente en comunión con Él, a poner nuestra confianza más plenamente en Él.

En nuestra lucha por comprender la voluntad permisiva de Dios, para poder entender la razón por la que Dios permite que la sociedad y la misma Iglesia sufran tribulaciones tan violentas, la Madre de Dios, al pie de la Cruz, nos enseña a volvernos una y otra vez al Señor, poniendo nuestra confianza en Él y en sus promesas, y dedicándonos de nuevo, en palabras de San Pablo, a "[combatir] el buen combate", a "[terminar] la carrera" y a "[mantener] la fe".⁶ La Virgen de Guadalupe nos estimula a hacer lo que ahora mismo vamos a hacer: unir nuestros corazones, junto a su Corazón Inmaculado, al Corazón glorioso-traspasado de Jesucristo Rey del Cielo y de la Tierra en su Sacrificio Eucarístico. De acuerdo con la promesa del Señor, los frutos de Su Sacrificio, los frutos de nuestra unión con Él en Su Sacrificio, van más allá de toda nuestra imaginación. Nuestro Señor no sólo renueva sacramentalmente Su Sacrificio en el Calvario, sino que permanece sacramentalmente presente en el fruto de Su Sacrificio, la Sagrada Hostia depositada en el sagrario

⁴ Cf. Mt 28, 20

⁵ 2 Tim 4, 7

⁶ 2 Tm 4, 7.

y expuesta a la adoración en la custodia. Él dispone que Sus sacerdotes continúen actuando en Su persona en el ofrecimiento de la Santa Misa "desde donde el sol nace hasta donde se pone"⁷ y en el perdón de nuestros pecados en el Sacramento de la Penitencia.

En esta tan gozosa ocasión, demos gracias a Dios por la misión del Santuario, la misión de Nuestra Señora de Guadalupe, de ser un faro de luz que atrae a todos los hombres hacia Cristo, que es la Divina Misericordia encarnada, hacia Cristo vivo para nosotros siempre en la Iglesia y de modo más maravilloso en el sacramento de la Sagrada Eucaristía. Recemos, de modo especial, para que el Santuario siga dando aliento y fuerza a tantos que hoy sufren tan duramente las tinieblas de nuestro tiempo, el desorden de la vida en la sociedad y en la Iglesia.

Después de la Santa Comunión, tendremos la gran alegría de presenciar la inducción de los Caballeros del Altar de Nuestra Señora, jóvenes que se dedican al servicio de Nuestro Señor mientras Él se hace sacramentalmente presente en Su Sacrificio del Calvario y mientras nos nutre y nos sana con el fruto de Su Sacrificio: la Sagrada Hostia que es Su verdadero Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Los Caballeros del Altar de Nuestra Señora se forman como soldados de Cristo a Su servicio bajo el cuidado y dirección de Nuestra Señora de Guadalupe. En su servicio, se esfuerzan por ser uno en corazón con su Corazón Inmaculado, reposando siempre en el Sagrado Corazón de Jesús. Oremos por Henry Ilfrey, Nicholas Kusmitch, Michael Stott, y Jacob Sueppel, para que nunca se cansen de servir a Cristo en el Altar de Su Sacrificio, y que, la santidad de su servicio en el altar se irradie en todo lo que piensan, dicen y hacen.

Llenos de profunda admiración y gratitud, elevemos ahora nuestros corazones, unidos con el Corazón Inmaculado de la Virgen de Guadalupe, con el Corazón gloriosamente traspasado de Jesús, abierto para acogernos en el Sacrificio Eucarístico. Que el amor de su Divino Corazón nos sane y fortalezca en nuestro peregrinaje terrenal hacia nuestro hogar celestial, la Nueva y Eterna Jerusalén.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardenal BURKE

⁷ Mal 1, 11.